

RESEÑAS



RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel: *La monarquía de los Austrias. Historia del Imperio español*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, 354 págs. ISBN: 978-84-9104-607-3.

Maria Cristina Pascerini
IULCE-UAM

El volumen *La monarquía de los Austrias. Historia del Imperio español*, cuyo autor es Manuel Rivero Rodríguez, profesor de Historia Moderna y director del Instituto Universitario La Corte en Europa de la Universidad Autónoma de Madrid, es por muchas razones una obra imprescindible para quienes quieran acercarse a la historia de España en la época de los Austrias. Entre estas razones hay que mencionar en primer lugar la claridad con la que el autor presenta el reinado de la dinastía de los Austrias en España. En segundo lugar, el hecho de que el volumen ofrece un panorama completo de un período complejo, que abarca desde las vicisitudes que llevaron la dinastía al trono con Carlos I hasta su extinción con Carlos II. Finalmente, el rigor que se acompaña a la claridad y completitud, de manera que los acontecimientos históricos expuestos son cuidadosamente documentados y fundamentados.

La Introducción sitúa sorprendentemente al lector en el siglo XX con la mención de la película *Fuego sobre Inglaterra (Fire over England)*. Rivero descubre pronto su objetivo: el de romper tópicos no probados históricamente, a la vez que aclara las intenciones morales de los productores al retomar el tópico de la Armada Invencible, vinculadas al difícil momento histórico de Gran Bretaña frente al avance de la Alemania de Hitler, y restablece la dinámica de los hechos de 1588 fuera del imaginario creado por la gran pantalla. El volumen, organizado en siete capítulos, pretende principalmente explicar el desarrollo como potencia del Imperio español,

término que bien se adapta a España para el siglo XVI y gran parte del siglo XVII por su influencia en la comunidad internacional en múltiples ámbitos.

El primer capítulo trata de la unión dinástica que se realizó en España entre 1469 y 1516, primero con el matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, y luego entre su hija Juana y Felipe de Borgoña. De esta unión nació Carlos, que un año antes de la muerte de Fernando, acaecida en 1516, se postuló como legítimo sucesor de los Reyes Católicos. El reinado de Isabel y Fernando se caracterizó por el fortalecimiento de la corona, y por la consolidación de la corte como lugar del poder. La búsqueda de la unidad religiosa respondió a la exigencia de asegurarse la lealtad de los súbditos, y la Inquisición se convirtió en una herramienta política para afirmar la autoridad de los reyes sobre la sociedad. Sin embargo, la muerte de la reina en 1504 dio comienzo a una larga crisis de la monarquía que duró hasta 1516, al ser puesta a prueba su continuidad por la incertidumbre de la sucesión.

El segundo capítulo se centra en la figura del duque Carlos II de Borgoña, proclamado rey de Castilla y de Aragón en 1516 en Bruselas. Fue éste un «golpe de Estado» aceptado por el regente Cisneros y el Consejo Real para evitar enfrentamientos. Carlos I llegó a la península un año después: era un joven inexperto y guiado por consejeros flamencos que no vieron o subestimaron la gravedad del descontento que reinaba en Castilla. En La Coruña, desde donde el rey se estaba apresurando a embarcar al haber recibido en 1519 la noticia de la muerte del emperador, llegó la noticia de los primeros motines de los comuneros, cuya revuelta fue sofocada solo en 1521. Al ser nombrado emperador, Carlos tuvo que enfrentarse a una serie de otros graves problemas: las guerras promovidas por Francisco I de Francia, el enfrentamiento con el papa, la lucha contra el movimiento luterano, las cuestiones relacionadas con el gobierno de las Indias y la guerra contra los turcos. Carlos V no había logrado resolverlos todos cuando tomó la decisión de abdicar en 1555 como emperador en favor de su hermano Fernando, y en 1556 de las coronas de Castilla y de Aragón en favor de su hijo Felipe. En este mismo año moría Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús.

El tercer capítulo de la *Monarquía de los Austrias* estudia la configuración de la monarquía bajo Felipe II entre los años 1556 y 1580. Después del malogrado matrimonio con María I de Inglaterra, Felipe II se casó con Isabel de Valois para apaciguar las relaciones con la monarquía francesa, y fijó la sede de la corte en Madrid. Sin embargo, “la inamovilidad de la corte no fue tan rígida como se piensa”, sino que había desplazamientos regulares a varios sitios reales según las estaciones del año, especialmente al Escorial, donde el rey solía pasar las fiestas más importantes del año. Felipe II se preocupó de aumentar el control de la monarquía sobre la sociedad, y también para ello reforzó la Inquisición, aunque no pudo evitar que explotaran rebeliones especialmente violentas en Granada y en los Países Bajos. Los esfuerzos de Felipe II se dirigieron también contra el avance del Imperio otomano en el Mediterráneo, que fue derrotado en 1571 en el golfo de Lepanto, evento que tuvo una gran

resonancia en la época a pesar de no constituir un avance estratégico o militar.

En el comienzo del cuarto capítulo, significativamente titulado “El mundo no es suficiente, 1580-1598”, se afronta la cuestión de la sucesión dinástica. Después de la muerte de don Carlos, y del fallecimiento de la reina Isabel, el nacimiento en 1571 de un nuevo heredero varón, fruto del matrimonio de Felipe II con Ana de Austria, pareció asegurar continuidad a la corona, que para el mismo año tenía también resuelta la situación en Granada y en los Países Bajos. Sin embargo, los que siguieron no fueron años tranquilos: en 1578 murió su hermano don Juan de Austria, y al año siguiente el rey se enfrentó a la trama de la princesa de Éboli, lo cual provocó varios cambios en la corte. Además, el hecho de que en 1580 Felipe tomara posesión del trono de Portugal dio lugar a una gran reforma en el sistema de gestión del Imperio. En este mismo 1580, en el que Felipe adoptó el lema *Non sufficit orbis*, había una situación de tregua con el Imperio otomano, pero contemporáneamente se recrudeció el conflicto en los Países Bajos apoyados por Inglaterra, que se perfilaba como el más temible adversario. En 1588 Felipe II creyó que había llegado el momento de realizar un ataque contra los ingleses en el canal de la Mancha, pero una serie de problemas y una gran tempestad obligaron a los españoles a replegarse después de haber sufrido cuantiosas pérdidas en la flota mercante, y apenas en la armada. La batalla “no fue el Stalingrado de Felipe II, ni mucho menos”, porque el suceso no terminó ahí, sino que fue el comienzo de una guerra que duró dieciséis años. Sin embargo, los cambios que acontecieron en la monarquía francesa favorecieron a Felipe II llevando a la paz con Francia. También en Oriente Felipe II cosechó éxitos, primero con la consolidación de la monarquía en las Filipinas, y luego por la donación del reino de Kotte en Ceilán. En los mismos años un nuevo modelo de evangelización no armada demostró su fuerza en Roma, donde una embajada de japoneses que hablaban latín e italiano hacía su ingreso acompañada por varios padres jesuitas.

El quinto capítulo, que se ocupa de la monarquía católica de Felipe III, señala que entre los principales cambios que tuvieron lugar en la monarquía después de la muerte de Felipe II, hay que considerar el ascenso del marqués de Denia –posteriormente duque de Lerma– como valido del nuevo rey. Hubo por su parte tentativas de reformas en las áreas de Hacienda, Defensa y Consejos que no tuvieron éxito, y además la creación de un sistema clientelar por el que los altos cargos se confiaban a la nobleza, que sin embargo se resistía a obedecer a las directrices del valido y gozaba de gran independencia y autonomía. De hecho en este período aumentó la capacidad de los virreyes de crear oficios cortesanos, y se reforzó su poder. Entre finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII en el ámbito intelectual y espiritual se dieron dos distintas tendencias: por un lado los intelectuales de la corte se dedicaron a la teorización de la «razón de Estado», por otro en el ámbito religioso hubo un fuerte interés por nuevas formas de espiritualidad, fenómeno conocido por los especialistas como «invasión mística». En el terreno político Felipe III retomó la iniciativa contra los musulmanes en el norte de África, decretando además la expulsión de los moriscos de España

el mismo día que firmaba una tregua con las Provincias Unidas. Los partidarios de la razón de Estado perdían fuerza y aumentaba la vinculación de la monarquía a la religión, como reflejado por la publicística a partir de 1610. En 1612 el fallecimiento del emperador hizo peligrar la paz alcanzada en 1555 con la Dieta de Augsburgo, y en 1618, año en que Lerma fue apartado del valimiento en favor del duque de Uceda, su hijo, el conflicto religioso volvió a explotar con más fuerza que nunca con una larga guerra mundial “que después sería llamada guerra de los Treinta Años, aunque en el caso español duró cuarenta”. En 1619 Felipe III enfermó y se desató una feroz lucha política interna, que duró hasta su muerte en 1621 y vio prevalecer al favorito del príncipe, el conde de Olivares.

La primera parte del sexto capítulo, que desarrolla la crisis de la monarquía católica entre 1621 y 1647, se centra en la figura de Olivares, cuyo ejercicio del poder como ministro de Felipe IV se acompañó de una importante promoción de su imagen pública. Sin embargo, las reformas que llevó a cabo durante su gobierno “en sí mismas, fueron bastante superficiales”. A pesar de los problemas económicos de la monarquía por la dificultad de reducir los gastos, en 1630 se puso en marcha la construcción del palacio del Buen Retiro, cuyo Salón de Reinos se convirtió en un “espacio político de gran significación”. La monarquía también concentró un importante esfuerzo económico en la guerra que se estaba librando por la defensa y seguridad del Imperio. Aunque las revueltas afectaron a todos los países implicados en la Guerra de los Treinta Años, en España tuvieron consecuencias inesperadas: en 1640 explotó en Cataluña la revuelta que llevó a la proclamación de Luis XIII de Francia como soberano; a finales del mismo año en Portugal tuvo lugar la secesión que proclamó rey al octavo duque de Bragança. El capítulo termina con un análisis de lo que los historiadores han llamado “decadencia de España”.

El séptimo y último capítulo trata de la reconfiguración del sistema y final de la dinastía entre 1648 y 1700, sin pasar por alto las revueltas que tuvieron lugar en 1647 en Nápoles y en Sicilia. En 1648 se firmó la paz de Westfalia, y once años después la paz de los Pirineos con Francia. El nuevo panorama europeo, en el que ya no tenía cabida la posición hegemónica de los Austrias, obligó a la monarquía española a una reconfiguración. Rivero mantiene que en parte esta reconfiguración “tenía algunos paralelismos con lo que estaba ocurriendo en otras latitudes de Europa”, y se basaba en el equilibrio. A la muerte de Felipe IV, su viuda Mariana de Austria asumió la regencia hasta la mayoría de edad de Carlos II, cuyo reinado ha sido identificado por la historiografía como un periodo de declive de la Monarquía más por su figura de enfermo y los problemas sucesorios que por la situación real del País. De hecho en las décadas finales del siglo XVII hubo en España un crecimiento económico y cierto dinamismo intelectual gracias a los novatores. La sucesión fue una cuestión grave, que podía desencadenar una nueva guerra en Europa. La apertura de las últimas voluntades de Carlos II, fallecido el 1 de noviembre de 1700 despejó “la incertidumbre que había mantenido en vilo a las cortes europeas durante la última década del siglo XVII”, pero no pudo evitar el conflicto. Al terminar la guerra, la dinastía de los Borbones había tomado las riendas de la Monarquía española.

El volumen termina con un Epílogo en el que se señala al final una fecha: la de 1659, año en que la paz de los Pirineos marcó el comienzo de un nuevo orden, y en que por las instrucciones de la congregación de Propaganda Fide la conquista quedaba deslegitimada. La monarquía tuvo entonces que adaptarse y reconfigurarse, y las reformas empezadas entonces permitieron a España ser “una potencia entre las primeras potencias que orquestaron el sistema europeo en el siglo XVIII”.

El volumen recoge además una serie de ilustraciones con imágenes significativas de los principales personajes que protagonizan los distintos capítulos: Carlos V, Felipe II, el duque de Alba, Felipe III, el duque de Lerma, el conde duque de Olivares, Felipe IV y Carlos II. Otro interesante apartado del libro es el dedicado a los mapas históricos, que presentan las situaciones territoriales de España, Italia, Portugal, Europa y América en distintas épocas. En el volumen no faltan la lista de fuentes y una completísima bibliografía, en la que destacan decenas de obras sobre la época; se incluye también un índice analítico y onomástico que permite localizar rápidamente temas y personajes de especial interés.

La monarquía de los Austrias de Manuel Rivero es en definitiva un volumen de gran relevancia, que reconstruye la historia de España bajo una dinastía que reinó durante casi dos siglos y convirtió su dominio en el poderoso Imperio. Rivero hilvana la trama de la evolución de la monarquía con los más relevantes acontecimientos de la época, y con ello logra una obra realmente interesante, que ha de ser tenida en consideración tanto por los especialistas como por los apasionados de historia moderna, que pueden hallar aquí un estudio sobre la historia del Imperio español destacable por su profundidad y capacidad de síntesis.